

Revista chilena de historia social popular

REVUELTAS

SANTIAGO, CHILE | NÚCLEO DE HISTORIA SOCIAL POPULAR
AÑO 05 | NÚMERO 09 | JULIO 2024 | ISSN 2452-5707

RESEÑAS

Eduardo Godoy Sepúlveda. *Alzando el puño. Juan Segundo Montoya y la historia del anarquismo en Chile (1899-1988)*. Cúlmine Ediciones – Editorial Eleuterio, 2023, 316 p. ISBN 978-987-88-9232-0

Felipe Mardones Fabio

Magíster en Historia

Universidad de Santiago de Chile

✉ felipemardonesfabio@gmail.com

 [0000-0002-0870-5780](https://orcid.org/0000-0002-0870-5780)

En las últimas décadas, el estudio del anarquismo ha cobrado relevancia en el quehacer historiográfico local, especialmente entre quienes desempeñan el oficio desde un enfoque social y político. Las nutritivas investigaciones al respecto, han aportado en la comprensión de un movimiento que se extendió mucho más allá de las génesis del movimiento obrero y popular de esta parte del mundo, posibilitando complejizar el análisis histórico mediante un tremendo trabajo documental, el que ha logrado acorralar aquellos juicios que reducían al anarquismo a una pulsión fanática por el “todo o nada”.

En esta línea se inserta el reciente trabajo de Eduardo Godoy, quien nos presenta un pormenorizado estudio del anarquista Juan Segundo Montoya Nova, utilizando para ello, los recursos metodológicos de la biografía histórica, en donde se busca romper con la abstracción que muchas veces generan las amplias escalas de análisis y retornar al sujeto, no siendo este último un fin en sí mismo, sino más bien operando como una “guía” para interiorizarse en la “historia de una cultura política determinada” (Godoy, 2023, p. 13). Esta propuesta se presenta como un complemento a la Historia política y social, conectando el tránsito vital de un militante anarquista con el desarrollo dialéctico del anarquismo local.

El autor propone como hipótesis que “los militantes anarquistas como Juan Segundo Montoya condensan en sí mismos la trayectoria de una cultura política, compartida y socializada” (Godoy, 2023, p. 11), por ende, su estudio nos proporciona elementos trascendentales para comprender los sinuosos caminos que tomó el movimiento ácrata a lo largo del siglo XX, fundando un diálogo entre sujeto y contexto que nos permite analizar y comprender las prácticas políticas, organizacionales, sindicales y culturales desplegadas por el anarquismo en el seno del movimiento popular. Por otra parte, en términos conceptuales, Godoy propone entender a Juan Segundo Montoya como una “clave de acceso” (Godoy, 2023, p. 15), quien, al destacarse en la agitación y militancia ácrata, representa un objeto de estudio dinámico e íntimamente conectado con su medio social.

Conjuntamente, la investigación se encuentra apoyada en una rica discusión bibliográfica, en donde resaltamos las propuestas histórico-biográficas de María Miguelañez, Julio Pinto e Isaac Martín. El empeño historiográfico se alimenta, además, de la revisión de 57 títulos de prensa obrera, tradicional y anarquista, tanto a nivel local como internacional. También, se realiza un exhaustivo análisis documental de 11 archivos, destacando la documentación del CLLA y GPNA del Archivo Pedro Nolasco Arratia en París.

A partir de lo señalado, el libro se fragmenta en 4 capítulos más un apartado de conclusiones. Cada una de sus secciones se desarrollan de forma cronológica, iniciando en la infancia de Juan Segundo Montoya hasta sus últimos años de

vida, no obstante, existen subcapítulos que entrelazan la experiencia individual con diferentes problemáticas históricas de su tiempo.

El primer capítulo, titulado *“La forja del revolucionario (1899-1925)”* nos inserta en la experiencia de clase de Juan Segundo Montoya, sirviendo de escenario el Golfo de Arauco y la explotación carbonífera. Este primer acápite, presenta las dificultades de acercarnos a la vida de estas figuras desheredadas por la “historia oficial”, nos aparecen solo fragmentos de su temprana vida, huellas e indicios que son las hebras por donde el trabajo histórico florece, a su vez, es patente la propuesta metodológica y conceptual, toda vez que la estampa de Juan Segundo Montoya nos permite bucear en diversos tópicos y problemáticas de su tiempo, tales como las dinámicas de la explotación carbonífera y el desarrollo del “paternalismo empresarial”, en donde encontramos un fructífero diálogo con las propuestas de Hernán Venegas, al mismo tiempo, nos adentramos en el desarrollo de la organización femenina en la zona, el fortalecimiento de la Federación Obrera de Chile (FOCH) y la Cooperativa de Consumo del Consejo N°2 de la FOCH, en donde Montoya hace su debut en la organización y agitación. Finalmente, se expone un sólido análisis de los conflictos laborales en la zona del carbón, haciendo notar la organización huelguística, la represión estatal y patronal, la contención mediante el consenso, atentados dinamiteros y la siempre patente prisión política.

“El Wobblie en Concepción (1925-1929)” se titula el segundo capítulo. En él, se nos presenta un recorrido por el origen y desarrollo del movimiento anarquista en Chile, en que a partir de un “enfoque transnacional” se muestran las complejas redes de intercambio de ideas y praxis políticas en torno al atlántico, al pacífico y a la región andina por parte de los ácratas. En este punto el autor, toma prestado el concepto “átomos sueltos” del sociólogo Christian Ferrer, para graficar cómo poco a poco, Santiago, Valparaíso y el norte salitrero, recibía la labor propagandística de militantes anarquistas de los más diversos orígenes geográficos, especialmente España e Italia. Este periplo por el arranque e impulso del movimiento ácrata local, cumple la función de explicar cómo se llega a fundar la “famosa IWW”, la *“Industrial Workers of the World (sección chilena)”*, la que será el espacio político en que Juan Segundo Montoya dará sus primeros pasos en el anarquismo. Por su parte, Godoy propone una interlocución con los trabajos de Mario Araya y Víctor Muñoz a propósito de la IWW, ya que, es una peligrosa reducción el análisis solo en el plano laboral-sindical de esta organización, pues los “wobblies” se caracterizaron por desarrollar un espacio orgánico plagado de iniciativas en diversas direcciones, a saber, editoriales, prensa, cuadros artísticos, e inclusive el renombrado Policlínico obrero. Lo anterior cobra relevancia, pues como hemos expuesto, la tarea fundamental de la biografía histórica no es

la revisión hagiográfica del tránsito vital de una persona, más bien, el sujeto de estudio es una senda por la cual aparecen diversas problemáticas a tratar. En este sentido, más allá de la incorporación de Juan Segundo Montoya a la IWW en la ciudad de Concepción, lo relevante es indagar en los convulsos años veinte, transitando nodos de conflictos, así como la nueva legislación socio-laboral, las luchas estudiantiles auspiciadas por la Federación de Estudiantes de Chile (FECH), el conflicto de la vivienda obrera y florecimiento del movimiento de arrendatarios, el naturismo como alternativa de transformación integral, la solidaridad internacional con el tristemente célebre caso “Sacco y Vanzetti”, y la organización femenina, destacándose en ese último tópico la figura de Totelina Orellana y su “exordio a las esclavas”. Este capítulo constituye una narrativa coral de la vinculación del anarquismo y el movimiento obrero con las reyertas de época.

En último lugar, el capítulo afronta el ascenso al poder de Carlos Ibáñez del Campo y la bestial represión que se desata contra anarquistas y comunistas, señalando que, en el caso particular de Juan Segundo Montoya, es enviado a la isla-prisión de “Más afuera”. No obstante, se despliega una generosa revisión documental que da cuenta de la solidaridad que se activa a propósito de las *razzias* represivas, ejemplo de ello es la fundación en Santiago del “Comité Pro Presos y Confinados por Cuestiones Sociales” y la generosidad internacionalista del “Comité Pro Presos Sociales” de Buenos Aires, donde el grupo que editaba el periódico anarquista “La Antorcha” estuvo dando apoyo constantemente a los perseguidos de Chile. Continuando dentro de la represión y sus efectos, es novedosa la exposición del accionar clandestino de grupos ácratas en tal contexto de persecución y prisión política, en ese marco, se relata el peregrinaje de Montoya hacia Osorno, a raíz del constante hostigamiento recibido, prosperando en dicho lugar, de manera soterrada, actividades políticas y revolucionarias, todo bajo el manto del “Centro Naturista de Osorno”, que no solo era un espacio en donde se difundían las prácticas ligadas a la “vida sana”, sino que servía como “manto” para el desarrollo de actividades prohibidas y/o perseguidas.

El tercer capítulo, se titula “*La Vida Nueva en Osorno (1930-1942)*”. La propuesta temporal del capítulo por sí misma llama la atención, pues en general, la producción historiográfica sobre el anarquismo criollo suele no traspasar el año 1927, en consecuencia, de la dictadura de Ibáñez, las transformaciones estatales y la aparición de la legislación social, cuestión que ha generado cierto consenso en dar al anarquismo por caduco en tal año. Es por ello, que la propuesta del autor es interesantísima al transcurrir después de tal cortapisa, aportando elementos fundamentales para advertir de un movimiento revolucionario que intenta levantarse y caminar los desiertos. Por otro lado, la propuesta espacial de igual modo es desafiante, pues logra “des-centrar” la investigación de sus referencias

geográficas usuales: Santiago, Valparaíso y el norte salitrero, trasladándonos al sur austral, a la ciudad de Osorno y sus localidades próximas, en donde el panorama es eminentemente rural, con una estructura social conservadora, y con expresiones explícitas de racismo y colonialismo. Con esta propuesta espacial y temporal, y utilizando la figura de Juan Segundo Montoya, el autor evidencia las más diversas problemáticas, tal como la articulación de la Confederación General del Trabajo (CGT) en 1931, organización anarcosindicalista que reunirá a los gremios bajo aquella influencia política e ideológica; la fundación de la Federación Anarquista de Chile (FACH) en 1933, que busca ser una organización que agrupara a los anarquistas de las más diversas tendencias siguiendo la experiencia de la Federación Anarquista Ibérica, pues en este capítulo, así mismo, se expone una diligente revisión de fuentes que advierte de la influencia del anarquismo español, que se fortaleció a partir de las prácticas internacionalistas animadas por el advenimiento de la Guerra y Revolución española, cuestión que, entre otras cosas, abre la pregunta sobre la crisis global del anarquismo después de la derrota en España y que el autor hace dialogar constantemente con el panorama local.

En este punto encontraremos el desarrollo del “Antifascismo”, ante no solo la emergencia europea con el régimen de Mussolini, Hitler o Franco, sino también, con la proliferación de aquellas ideas en Chile, siendo particularmente fuerte en Osorno, debido a la importante presencia de colonos alemanes en la zona. Tal propagación desatará la violencia política, muestra de aquello es el ataque realizado en 1935 al local de la Federación Obrera Local de Osorno (FOLO) afiliada a la CGT. Ulteriormente, el autor hace un detallado análisis de las prácticas culturales desarrolladas por la FOLO y su vinculación a las luchas obreras. A partir de allí, se profundiza en el asesinato del albañil y anarquista Osvaldo Solís Soto, amigo y compañero de Juan Segundo Montoya, quien cae ultimado por la represión policial durante el gobierno autoritario de Carlos Dávila.

El cuarto capítulo y final, se titula “*El periplo en Talca (1944-1988)*”, y es sin dudas, un macizo trabajo exploratorio en temporalidades poco comunes en los estudios del anarquismo chileno. Esta sección recoge la profunda crisis en que se haya el anarquismo tanto a nivel internacional como local, y repara en el cómo, destacados militantes, buscaron salir del pantano mediante diversas posiciones organizacionales, políticas y doctrinarias. Entre ellos está Juan Segundo Montoya, quien nos da la posibilidad de adentrarnos en las fluctuaciones organizativas de la CGT y en los profundos debates sostenidos por los ácratas, siendo notable la irrupción de Ernesto Miranda, anarquista y Secretario General de la Federación Obrera Nacional del Cuero y Calzado (FONACC), quien representa la línea más inquieta y heterodoxa del anarquismo local, algo que le valió reproches e incluso la “excomunión” de sus correligionarios más doctrinarios, en especial de

aquellos que militaban en la Federación Anarquista Internacional (FAI). La propuesta de Miranda era un llamamiento a la unidad de las fuerzas revolucionarias, desechando el sectarismo y las alianzas solo entre orgánicas ácratas, teniendo como objetivo evitar el aislamiento e intrascendencia que acosaba al anarquismo local. Juan Segundo Montoya secundó esta iniciativa, y ambos fueron importantes gestores del Movimiento Unitario Nacional de Trabajadores (MUNT) creado en 1950, plataforma que fue importantísima en el proceso de confluencia mediante el cual nace la Central Única de Trabajadores (CUT) en 1953, y que encontró en este puñado de anarquistas a sus principales instigadores, demostrando que si bien el movimiento anarquista ya no gozaba de la masividad e influencia de antaño, seguía siendo un componente notable en el movimiento obrero y sindical. Sin embargo, aquella presencia en la CUT se fue fatigando después de la huelga de julio de 1955, eclipsándose finalmente hacia 1957, en donde la otrora sindical autónoma y revolucionaria, tomaba el camino de la institucionalización y fortalecía su concomitancia con los partidos de la izquierda tradicional.

Sumado a lo anterior, en el plano internacional, la revolución cubana y el carismático liderazgo de Fidel Castro sacudían Latinoamérica, cuestión que no solo arrinconó aún más las debilitadas fuerzas del anarcosindicalismo local, sino que también profundizó las grietas internas. En estas aciagas circunstancias para el anarquismo criollo sobreviene el advenimiento del gobierno de la Unidad Popular, momento en que los últimos cartuchos organizativos fueron quemados, dando a luz al Movimiento Sindical Libertario en 1971 y a la Federación Libertaria de Chile en 1972, siendo ambas organizaciones representativas de la profunda grieta que separaba a los ácratas, y del estado famélico de sus huestes.

El arribo de la dictadura cívico-militar y su bestial represión, les valió a varios anarquistas el exilio, especialmente a los más jóvenes, mientras que varios de los viejos militantes se mantuvieron en el país. El autor, en esta doble dimensión hace un valioso rescate de los esfuerzos realizados por ambos grupos en el sentido de entender la profundidad de la intervención militar, así como intentar reagrupar a las fuerzas ácratas. Interesante es el trabajo con variadas fuentes, estas exponen que, en Buenos Aires, Toulouse, París, y Ciudad de México, se intenta caracterizar el proceso comandado por Salvador Allende y su dramática caída, toda vez que en aquellas ciudades se tejía una red internacional de solidaridad con el exilio chileno. Finalmente, desde el destierro se alentó la creación de la Coordinadora Libertaria Latinoamericana en 1978, teniendo entre sus corresponsales y colaboradores en Chile a Juan Segundo Montoya, quien apoyó esta iniciativa mientras transitaba por lo que el autor define como su “repliegue naturista”, utilizando sus últimos años de vida en la creación de la Federación Naturista de

Chile (FENACH), cerrando así una vida entera dedicada a la difusión del anarquismo y al fortalecimiento de la organización popular.

En suma, estamos en presencia de una obra dispuesta de manera sólida, poseyendo un meticuloso diálogo bibliográfico que supera los límites de la historiografía dedicada al anarquismo, ergo, la investigación no se contiene ni en el sujeto de estudio ni en su ideología política, posibilitándonos un profundo recorrido por la historia del movimiento obrero chileno y latinoamericano. Simultáneamente, Godoy no solo desarrolla con excelencia la metodología biográfica, pues igualmente alimenta su trabajo con enfoques que reposan en la historia social, política y transnacional. Según nuestro parecer, este libro no desarrolla un recorrido lineal por la vida y obra de un hombre, sino que teje una enmarañada red de problemáticas por lo que el autor nos sumerge utilizando con maestría la figura de Juan Segundo Montoya, potenciando –como cada uno de sus trabajos– la agenda investigativa sobre el anarquismo, elevando la herramienta metodológica de la biografía histórica y revalorizando la historia de los de abajo.